



Este es el patio de la posada de la Dolores y su magnífico corredor sostenido firmemente hace siglos por esa larga fila de palomillas que no bajan de diez y lo conservan vivo y funcionando como antaño. La carretilla de la basura a continuación, la cuadra y el pozo, todo al hilo y a la mano. Y sobre ese todo el ánimo de la Dolores, bien dispuesto y a prueba de los temporales y las ventiscas de todos los aires y aún de los tiempos de quietud que no son siempre los mejores.

Ventas del Puerto Lápiche y tenía a su izquierda y a su derecha las posadas necesarias para el tránsito de los trajinantes. De las de la izquierda perdura el nombre arcaico de la calle de Mesones y de la derecha se conserva la posada misma llamada del Sol por su buena orientación en la espléndida plaza de su nombre y que vive gracias al cuidado y a la tenacidad de la Lolilla de la posada —Dolores González López— mujer firme y clarividente, que merecería un apoyo generoso aunque no fuera más que por la conservación de este monumento tradicional.

El herenciano ha entrado y salido siempre mucho, le ha tirado el camino. La existencia de tantas posadas, la convivencia en ellas y la necesidad de sacar los productos de su buena tierra, tal vez le cambiaran el espíritu, porque no se conformó con abrir posadas en su caserío sino que se salió al Puerto y cuando éste, antes de constituirse en villa, hace siglo y medio escaso, se conocía con el nombre de Ventas del Puerto Lápiche, las de este lado del camino eran de herencianos y las de enfrente de vecinos de Arenas, con el altercado permanente que obligó a eliminar ambas jurisdicciones y constituir la nueva del Puerto con una responsabilidad común. En la relación del Puerto se hará mención de algunas de las ventas que se ha conseguido averiguar.

La plaza, como se ve, sin la regularidad ni la magnificencia de la de Daimiel, tiene su misma armadura, con el Ayuntamiento y las posadas fuera, con la iglesia fuerte y rústica en su recinto que queda al fondo de la fotografía.